



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(MANUEL RODRÍGUEZ)



—Poniendo obras no me gana
nadie, ni hay alma cristiana
que no sepa que soy in-
imitable en el *Querubini*
de *El dúo de la Africana*.

SUMARIO

Texto: Advertencia administrativa.—De todo un poco, por Luis Taboada.—Fruta del tiempo, por Elicero Yrizaroz.—El audo del pañuelo, por M. Martín Fernández.—Diario de Juan García ó lo que toca un trombón, por Juan Pérez Zúñiga.—A Lola Pretel y compañía, por José Jackson Veyán.—El caballero de la mesa redonda (continuación), por Clarín.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Manuel Rodríguez.—Fantasía (ocho viñetas).—El caballero de la mesa redonda (tres viñetas).—España cómica: Bilbao, por Cilla.

*
ADVERTENCIA ADMINISTRATIVA

No se asusten ustedes; es breve.

Se reduce á participar á los interesados que desde esta fecha quedan suprimidas las EXCLUSIVAS para la venta de este periódico en todas las poblaciones de España, subsistiendo únicamente las concedidas para Ultramar y el Extranjero.

Por lo tanto, pueden hacer pedidos directamente á la Administración cuantos deseen vender el MADRID CÓMICO, y ofrezcan las garantías necesarias.

¿Ven ustedes qué pronto se ha concluido la advertencia?

*
DE TODO UN POCO.

Hasta que regresen á Madrid todos los veraneantes no habrá asunto cómico para mis crónicas de la semana.

Madrid, hoy por hoy, carece de cuanto yo necesito. La gente está triste; en las tertulias de los cafés no se habla más que de la insurrección cubana y de la herida de Bererte; no ha reanudado todavía sus reuniones la Sra. de Vázquez, ni la de Pérez, ni la de Martínez: la *curuleria* duerme...

Hay que volver los ojos á la playa portuguesa, donde he pasado el estío y donde abunda el género cómico, que es una bendición.

Allí dejé hace pocos días á D. Hilarión, el organista de Chaparral, que es un personaje digno de estudio y tiene derecho á figurar en estas columnas.

Á D. Hilarión no le sacan de Figueira ni á tres tirones, pues tal cariño le ha tomado al mar, que, por su gusto, fijaría su residencia á orillas del Atlántico.

Él no había salido nunca de Chaparral ni conocía más agua que la del botijo; de manera que cuando llegó á Figueira y le llevaron á la playa, se quedó maravillado y todo se le volvía decir:

—¡Qué atrocidad! ¡Cuánta agua!

—¿Le gusta á usted el mar?—preguntóle uno.

—Sí, señor; *muchísimo*, pero debe de ser muy húmedo.

Yo le aconsejé que trasladase su domicilio á Figueira y que dejara á Extremadura con su sequedad y su bellota.

—Con gusto me quedaria—dijo él;—pero allí tengo una hermana soltera que necesita una persona á su lado para que la guarde y le sirva de escudo. Ya sabe usted que con las mujeres todo cuidado es poco, porque hay hombres muy atrevidos.

—¿Cuántos años tiene?

—No ha cumplido todavía los cincuenta y tres. Además, yo no puedo dejar el órgano abandonado, porque no hay quien lo toque. Antes lo tocaba la esposa de un guardia civil que había sido monja; pero se murió de sobrepeso, y hoy el único intérprete de la música en Chaparral vengo á ser yo, aunque me esté mal el decirlo.

Es una buena persona D. Hilarión, aunque algo *latero*.

Á mí me cogía en el Casino Peninsular, cuando estaba más descuidado, y después de abrirme su pecho y de encargarme la mayor reserva, me contaba una porción de cosas íntimas.

—Yo no soy feliz del todo—decía bajando la voz.—¿Y sabe usted por qué? porque yo debía estar casado á estas horas, y no lo estoy por causa de mi hermana. Verá usted; á Chaparral vino hace veintiocho años una compañía de declamación y baile, y á mí me buscaron para tocar el armonium en los intermedios; con este motivo conocí á una joven que hacía los pa-

peles de criada, y aparte de su hermosura natural, tenía tal disposición, que lavaba la ropa de toda la compañía, y además bailaba *El marinero* de un modo inimitable. En fin, que nos pusimos en relaciones para casarnos; pero mi hermana se opuso y quiso hacerme sacerdote por la fuerza, tanto que una tarde, estando yo distraído, me cogieron por detrás y me condujeron al seminario de Plasencia atado codo con codo.

—¿Y no llegó usted á decir misa?

—No, señor, porque me resistí cuanto pude. Mi hermana comprendió entonces que yo no había nacido para el culto y al fin me soltaron, pero no soy feliz.

D. Hilarión se parecía por contarme historias y yo ya no sabía qué hacer con él, si darle un golpe ó dejar que siguiera levantando dolores de cabeza á sus costáneos.

El pobre había ido á Figueira por prescripción facultativa.

—Tiene usted que bañarse en el mar—le había dicho el médico de su pueblo.—De no hacerlo así, está usted muy expuesto á una *hipertrofia purulenta* del hígado.

Y ésta fué la razón por la cual tuvo que abandonar el órgano y trasladarse á Figueira.

Cuando yo le dejé llevaba noventa y ocho baños de ola y cinco ó seis de chorro.

—¿Pues cuánto tiempo hace que está usted aquí? le pregunté.

—Dos semanas; pero tomo de nueve á once baños todos los días, sin contar los chorros.

Así estaba él de débil y ojeroso, que daba lástima verle.

—¿Qué tendrá usted?—preguntaba á un médico en el Casino.—Cuando me pongo de pie se me va la cabeza y siento tal flojedad en las articulaciones, que ayer fui á coger el cepillo para limpiarme las botas y me caí de bruces sobre la criada.

—Todo eso es debilidad producida por los baños—contestó el médico.—¿Cuántos minutos permanece usted en el agua?

—Hay días que me estoy hora y media; pero suelo llevar un periódico y mientras me baño leo toda la parte política y el folletín.

D. Hilarión se sentía cada vez más débil; pero no dejaba por eso de bañarse, pues decía:

—Ya que hace uso el sacrificio de venir al extranjero, debe aprovechar la ocasión. Además, mi hermana, á quien respeto, me ha dicho que me bañe todas las veces que pueda. Hágame usted el favor de leer este párrafo de su última carta.

Y me hizo leer lo siguiente:

«Ya que has hecho el gasto aprovechátele del mar y toma muchos baños, y á ver cómo te mojas bien la cabeza y bebes todos los días un par de cuartillos de agua salada. Si sé que dejas de bañarte un solo día, ya verás lo que te hago cuando vuelvas.»

«El órgano está bueno, gracias á Dios, y no te ocupes de él, que el sacristán lo limpia todos los días, y el martes lo mandó fregar el señor cura por dentro y por fuera, porque dice que lo tenías muy sucio.»

—Pero, ¿su hermana de usted le domina?—hubo de preguntarle.

—Sí, señor—me contestó él.—Como nos hemos quedado huérfanitos á los cuarenta y tantos años, ella tomó las riendas de la casa y se ha acostumbrado á dirigirme. Casi todas las semanas me pega dos veces, miércoles y sábados por la tarde. ¿Qué quiere usted que yo le haga? Es una débil mujer y no quiero quitarle ese gusto.

Habrán pocos hombres tan deliciosamente cómicos como don Hilarión.

Luis Taboada.

*
FRUTA DEL TIEMPO

Mi á preciable director: Contestando á su honorífico del estore del corriente, que recibí puntualmente por el correo interior, le manifiesto gustoso, con mucho gusto, que lea contrasto como gracioso á entrar en la compañía de que es director honorario,

tan y mientras que usted quiera subirme en el sueldo algo, y aumente esta friolera que aumentaría cualquiera que sepa lo que yo valgo. No hay á ser exigente como si fuera una actriz distinguida y eminente. Yo, por quedarme en Madrid, me quedo en la siguiente:

Doce duros al conta
y préstamo, pa mí solo,
y otros tres pa mi cuñao,
pues sabe usted que Manolo
es un chico aprovechao.

Un beneficio á partir,
dos coronas de laureles,
facultaz de no asistir
al ensallo, y elejir
en lo nuevo los papeles.

Hace tres años que beng,
teniendo proposiciones
bentajosas, á montones,
porque me dicen que tengo
escolentes condiciones.

Tengo mucha intuición
y hasta hago reír á ratos
cuando llega la ocasión.
Hago *fun*, como los gatos,
y resulta una explosión.

Sé, también, cacarear,
sé hacer el toro, el cordero,
sé mugir, sé rebusnar...

¡y hasta imito al Regatero
como se llegue á terciar!

Canto de tiple, de bajo,
soy maestro de Chicote,
declamo con desparpajo
y hago además el trabajo
que hacía Chas de Lamotte.

Si en alguna producción
hay que hacer papel de *clon*,
lo haré con mucha verday
y con la seguridaz
de tener una obación.

Con esto le he demostrao
lo que gusto por aquí,
y que no es esajerao
doce duros para mí
y otros tres pa mi cuñao.

Esperando de antemano
su pronta contestación,
le besa atento la mano
su buen amigo y paisano
que le aprecia — Gedeón.

II

¡Imbécil Gedeón que, en tus apuros,
no te acuerdas de mí ni me respetas!
¡Doce duros, Dios mío, doce duros!...
¡Ya te contentarás con tres pesetas!

EL DIRECTOR.

Franco Tráyyoz

EL NUDO DEL PAÑUELO

I

—Yo lo prometo. Ahora va de veras. No tendré que volver á arrepentirme, porque esta vez sí que voy arrepentida.

—¿Te acordarás?

—Sí, padre. No lo olvidaré un momento.

—Yo te bendigo...

II

—¡Cómo! ¿Otra vez?
—Otra vez, padre. Me atormenta pensar en ello, y me avergüenza confesarlo. Soy más débil de lo que me juzgué y más cobarde de lo que yo creía.

—¿Y tu promesa?

—Padre, si en su presencia pierdo la razón, ¿cómo he de conservar la memoria?

—(¡Diantre de muchacha!... Y diantre de Cupido. Ese diablejo se empuña en echarnos á perder el confesonario.)

—No es que me falte energía en la lucha, padre; es que no lucho; es que no soy dueña de mí; es que pierdo la noción de la vida; es que... no me acuerdo de usted.

—¿Tu voluntad es luchar y vencer? ¿Sientes, con el remordimiento, el deseo vehemente de llevar en tu memoria la impresión de mi consejo, que te aparte de la torcida senda?

—Sí, lo siento.

—Pues venceremos.

—¿Cómo?

—¿No has hecho algunas veces un nudo al pañuelo para recordar algo que te importaba no olvidar?

—Muchas.

—¿Y lo has recordado?

—Siempre.

—Pues bien, hija mía, haz nudo al pañuelo... y acuérdate de mí.

III

—¿Qué te sucede?

—¡Infame!

—¿Por qué lloras?

—Y todavía lo preguntas...

—Pero ¿qué es eso, mujer?

—No te apena el verme atormentada un día y otro, viviendo sin más alegrías que mis esperanzas y mis recuerdos...

—Vamos, cállate, vida mía. Te voy á mimar un poco; pero que no vea yo esas lágrimas. Sécalas... y si no las secaré yo. Voy á beberlas á condición de que sean las últimas. No quiero verte más lágrimas.

—¿Si no las quisieras tú!...

—¿Qué buscas?

—Buscaba... no sé que buscaba. Pero no, si nada echo de menos, si nada necesito teniéndote á tí...

IV

—¡Perdón, padre!

—¡Para tí no puede haber perdón!

—Padre, luché y vencí. Mi energía fué donde fué mi voluntad. Luego... ya sabe usted: ni voluntad, ni energía, ni razón, ni memoria, ni idea de la vida...

—¿Cumpliste la promesa?

—La cumplí.

—¿Hiciste al pañuelo el nudo?

—Sí, padre; hice el nudo, pero... perdí el pañuelo.

M. Martín Fernández.

DIARIO DE JUAN GARCÍA Ó LO QUE TOCA UN TROMBÓN

(COMENTARIOS «DE PISTÓN», ESCRITOS DÍA POR DÍA)

DÍA 9

«Toqué en una procesión
que salió de San Ginés
una marcha de Marqués
y un bolero de Bretón.»

(¡Debe de ser cosa odiosa,
por más que se admita tanto,
eso de ir detrás de un santo
tocándole cualquier cosa!)

DÍA 10

«Al gran bautizo asisti
de la niña de Ontiveros,
que estuvo haciendo pucheros
hasta que callé y me fui.»

(El motivo se adivina,
pero no me explico bien
que no llorasen también
el padrino y la madrina.)

DÍA 11

«Toqué en la boda de Unceta
dos tangos, la marcha turca,
tres polcas y una mazurca
por menos de una peseta.»

(¿Por tan pequeño caudal
trabajan estos bolonios?
¡Así algunos matrimonios
resultan luego tan mall!)

DÍA 12

«Amenicé desde un coche
la función de Valdehiguera,
y toqué seis habaneras
en la plaza por la noche.»

(Dada la malicia humana,
¿lo dirá porque un tal Pozas
tiene allí seis hijas mozas
que nacieron en la Habana?)

DÍA 13

«Volví entre los cortesanos,
me hallé sin ocupación
y en mi desesperación
toqué el cielo con las manos.»

(Con su costumbre ruidosa,
el infeliz ¿cómo había
de pasar siquiera un día
sin tocar alguna cosa?)

DÍA 14

«Abertura de un figón.
Negocio de los mejores.
¡La jota de *La Dolores*
por dos reales de vellón!»

(¿Por la jota este sujeto
lleva dos reales cabales?
¿Pues qué hará por treinta reales?
Tocar todo el alfabeto.)

DÍA 15

«Toqué seis marchas lloronas
delante de un concejal
que en un carro funeral
iba lleno de coronas.»

(¿Qué prueba lo referido
por el trombón desdichado?
Que sirve para un fregado
igual que para un barrido.)

DÍA 16

«Toqué en una vaquería
de la calle del Carbón,
y allí me dieron limón,
mojama, leche y sandía.

El cólico fué ejemplar,
y hoy toco... los resultados.»
(¡Esto, lectores amados,
no se puede comentar!)

Juan Pérez Tríniga.

Fantasia.



Heta que salió de su tumba ¡oh caso maravilloso! nada menos que el Gran Capitán D. Gonzalo de Córdoba.



Se enteró por los periódicos de que había guerra en una isla lejana.



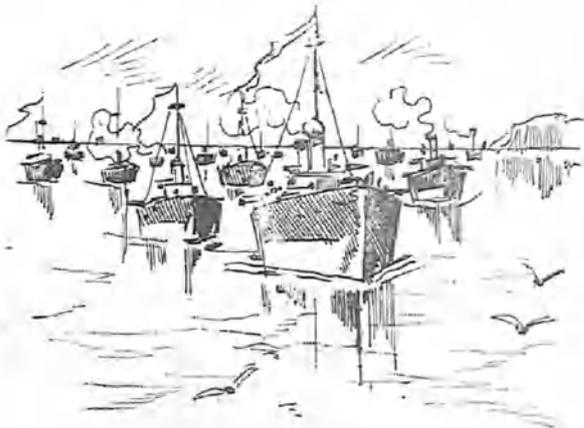
Y pidió inmediatamente el mando del ejército expedicionario, que por derecho de antigüedad le correspondía.



Llegó allí y se encontró con ochenta mil hombres... ¡En su vida había el mandado, para conquistar reinos, ni la cuarta parte siquiera!



Se enteró del carácter de aquella guerra con un enemigo siempre invisible, y una vez averiguado de dónde venían los tiros.



preparó una flota con cuantos buques halló á mano; embarcó en ella cuarenta mil soldados de infantería, digna descendiente de la de su tiempo, armó en corso la marina mercante,



y arrasó y taló en un par de meses, sin dar explicaciones, el país amigo, verdadero núcleo y sostén de la guerra. Qué así las gastaba D. Gonzalo.



Como *sublata causa tollitur effectum*, cuando volvió á la isla estaba aquello como una balsa de aceite... y no había gastado el tiempo en balde.

Á LOLA PRETEL Y COMPANÍA

Encantadora chiquilla,
catalana sandunguera
y señorita torera
cabeza de la cuadrilla,
no sé, por más que me afano,
al saludarla cortés,
si debo besar sus pies
ó debo besar su mano.

Y por que duda no ofrezca,
ya que besarla me toca,
ahí va el beso, y lo coloca
donde mejor le parezca.

Yo sé que sin gran trabajo
ni el beso encontrará,
y á mí, en besando, me da
lo mismo arriba que abajo.

Cuando la vi en el cartel
con su alias correspondiente,
dije yo inmediatamente:
«¡Me suena lo de Pretell!»

Pero aunque el nombre revela
parentesco, ¡oh linda espada!
sé que no le toca nada
á la tiple de zarzuela.

No me extraña ¡oh matador!
vuestro arte torador.

¿Quién ha de escurrir mejor
el bulto que una señora?

¿Quién se atreve á competir
en la suerte de matar,
tratándose de *citar*
en corto ó de *recibir*?

¿Cómo, mirando esa cara,
huye un toro, niña mía,
si yo, sin ser bruto, iría
adonde usted me citara?

¡Oh, qué honor! ¡Qué gran merced!
que me empapara en percal,
y ser, por suerte final,
recibida por usted!

¡Qué cuadrilla tan valiente!...
¡Y qué hechuras y qué andares,
qué capotes, y qué pares
ponen ustedes de frente!

¡Qué volapié... y tall!
¡Qué recortes tan bien hechos!
¡Qué buenos pases de pechos!...
(Se me ha escapado el plural.)

No me extraña que se afane
por verlas España entera.
¡Lo que es á sangre torera
no hay torero que las gane!

Que Dios guarde á la cuadrilla,
y que un becerro guasón
al daros un revolcón
no os rompa la taleguilla.

Si el calzón os despedaza...
¡El pensarlo me da frío!

¡Qué espectáculo, Dios mío,
iba á presenciar la plaza!

¡Cuidad, por amor de Dios,
que no se rasgue la seda!
¡Ay, si el débil calzón queda
por gala partido en dos!

Salud, ¡oh Lola Pretell
bonita entre las bonitas
apreciables señoritas
que pisan el redondel.

Abraza á sus compañeras,
y dígales de mi parte:
«¡Ole la gracia y el arte
de las mujeres toreras!»

¡Duro á la cabeza!... ¡durol
incomparable Dolores,
y que haya palmas y flores,
ya que usted no fama puro.

Yo á *currutar* no me obligo,
ni de valiente blasono,
pero si hace falta un *mono*
sabio, cuenta usted conmigo.

José Jackson Veyan.



EL CABALLERO DE LA MESA REDONDA

IV

Jamás había estado enfermo ni pensaba estarlo. Muchas y muy complicadas eran las causas que contribuían á esta perfecta salud, que era la suprema ambición de Anchoriz, su única ocupación seria; pero si algún entrometido se atrevía á preguntarle:—Hombre, ¿qué receta tiene usted para estar siempre bueno?—Mamerto contestaba sonriendo:—No lea usted nunca después de comer.

Y si el que consultaba le merecía algún interés, añadía Anchoriz: Ni antes.

Es claro que esta receta vulgar la daba para despachar á los importunos; su sistema higiénico, su filosofía no era cosa que pudiera exponerse como los aforismos médicos de un sacamuelas. ¡Ahí era nada! ¡Querer inquirir el secreto de una salud inalterable!

Ciertamente que en el programa de su vida siempre sana entraba la abstención de la lectura; pero no era esto sino parte muy secundaria del sistema.

¡Leer! Claro que no; ¿para qué? La lectura suponía cierta curiosidad nociva, una impaciencia espiritual, una falta de equilibrio que contradecían las condiciones del bienestar verdadero. En rigor, el no leer, más que causa de salud, era efecto de la salud; no estaba sano porque no leía, sino que no leía... porque estaba sano.

Nada de cuanto pudiera decir un escritor podía importarle á él absolutamente nada.

No aborrecía Anchoriz la literatura y la ciencia, no; las despreciaba como despreciaba las boticas, y á los boticarios, y á los médicos y á los enfermos. Ante un ataque de nervios, ante un rasgo de heroísmo, ante un chispazo de ingenio, Mamerto sonreía con lástima; todo aquello era lo mismo: desequilibrio, anuncio de pronta muerte, una idea equivocada de la existencia. No concebía un desafío, ni una mala palabra, ni una buena obra. El principio de la vida era el egoísmo absoluto. Sacar crítica á los demás algo que fuera más allá de los servicios que impone la cortesía, era perderse. No hacer jamás nada en bien del prójimo era obra difícilísima, casi milagrosa, cierto; por eso él no había conocido más hombre feliz que uno: Mamerto Anchoriz.

De este gran principio del egoísmo absoluto nacían todas las

reglas de conducta, que daban por resultado aquella plácida existencia, que Anchoriz pensaba prolongar indefinidamente. ¿Había de morir? Allí se vería. Todas las afirmaciones rotundas le empalagaban; no había nada seguro respecto de nada; el que hasta la fecha se hubiesen muerto todos los hombres conocidos no era una prueba absoluta de que en adelante se muriesen todos también.

La ciencia decía que todo organismo se gasta, que todo lo infinito perece... ¡Conversación! ¡La ciencia decía tantas cosas! El no negaba la posibilidad y aun la probabilidad de la muerte; pero, en fin, no era cosa segura, lo que se llama segura, y esto bastaba para su tranquilidad. Lo importante además no era este aspecto metafísico y abstracto de la cuestión, sino su aspecto práctico, es decir, el nomorirse.

—Mientras yo viva, poco importa que sea mortal. Una cosa es *mortal* y otra cosa es *muerto*. Recordaba haber oído que, según Buffon, todo hombre, por viejo que sea, puede tener la legítima esperanza de vivir todavía un año. Gran sabio era, sin duda, este señor Buffon, y digno de no haberse muerto. El, Anchoriz, pensaba tener siempre el cuerpo en disposición de funcionar más de un año; y así, la muerte, que al fin era, por lo que á él se refería, sólo una palabra, una amenaza, una creación fantástica, iría retrocediendo, y la vida ganándole terreno. Por otra parte, él sabía cómo morían esos ancianos que son ejemplos de longevidad: acababan como pajarillos, como recién nacidos. Se extinguían sin lamentos; en ellos el estómago y toda la vida vegetal sobrevive al cerebro ya cuanto anuncia la existencia del alma...

Pues morir así, en rigor, tampoco es morir. El esperaba, suponiendo lo peor, esto es, morir al cabo, pasar á mejor vida cuando ya no lo sintiera... y expirar como un viejecito, á quien había conocido pregonando:—Quesos de Villafón! ¡El queso ro!—desde el lecho de muerte, y jurando y perjurando que ya era la hora de comer... No, aquello no era morir... Y allá... hacia los ciento veinte años... y pico... ¡qué diablo!, el trago no era tan fuerte. En todo caso, ya lo pensaría.

Y entretanto vivía tranquilo, sereno; *sub specie aeternitatis*.

V

Así era el hombre á quien con tanta alegría y solemne agasajo recibieron los comensales de Termas-altas, tan aburridos poco antes en aquel comedor frío y húmedo, en aquella mañana de la *otoñada* triste.

Por de pronto, nada se le dijo del incidente de los fiscales; toda la conversación fué para las noticias frescas, picantes, que traía de la ciudad D. Mamerto.

Bodas, bailes, escándalos de amor y del juego, romerías... de todo esto desembuchó el floreciente gallo, muy satisfecho porque podía con tal abundancia saciar la curiosidad de aquellos buenos amigos (á muchos de los cuales solo los conocía para servirlos... de mentirijillas). El coronel le preguntó después qué había de la guerra civil, y qué de una explosión de grisú en las minas de Langreo. Anchoriz puso cara compungida, se limpió los labios con la servilleta y declaró que de tan lamentable catástrofe y de las luchas de *nuestros hermanos* no tenía la más insignificante noticia.

Y poco después jugaba al tresillo en la sala de recreo (de recreo, y tenía un piano que tocaban á ocho manos los bañistas) sonriendo, seguro de ganar á unos *chancletas* que se consideraban muy honrados con tal compañero, tan fino, tan jovial, y á quien no había quien diese un codillo.

Por la noche, gracias á la influencia de Anchoriz, se reanudaron los rigodones y la *Virginia*, que no se bajaban desde fines de Julio. D. Mamerto no solía bailar; pero en aquella velada memorable se dignó invitar á una dama que metida en un rincón detrás de una mesa de juego, con cara de pocos amigos, parecía estar despreciando todas aquellas frivolidades mundanas, con gesto avinagrado y haciendo calceta. Sí, calceta, no se avergonzaba de ello.

Era la fiscalía. Anchoriz ya sabía (se lo habían dicho al tomar café) el incidente del almuerzo. Por lo mismo, se iba derecho al enemigo, seguro de vencerlo.

En efecto, después de una repulsa y varios melindres, la fiscal en persona salió a bailar del brazo de D. Mamerto.

Una salva de aplausos acogió a la pareja. ¡Lo que es la gloria! A la fiscal se le puso cara de Pascua.

La vanidad le llenaba el mezquino espíritu. Poca vanidad bastaba para llenar recinto tan estrecho. Sin más que una finísima invitación, una mirada de caballero galante, algunas sonrisas en que la salud y la buena sangre hacían veces de poética espiritualidad, Anchoriz había conquistado a la fiscal. Esta señora, al sentir su brazo sostenido por el de aquel buen mozo... de *hoja perenne*, es decir, siempre en sus verdores, vió el mundo, y a D. Mamerto particularmente, desde otro punto de vista,

bajo el punto de vista de las flores,

y perdonó a Anchoriz... porque había amado mucho.

Cinco ó seis días estuvo nuestro héroe haciendo las delicias de los rezagados de Termas-altas. Y buena falta hacía animar y consolar á los que se quedaban, porque los que dejaban el balneario parecía que se llevaban la alegría.

—¿Qué será,—decía la fiscal a D. Mamerto, á quien llegó á hacer confidante de cierto romanticismo histérico que tenía ella debajo del Código penal en que consistía lo más de su razón;—qué será que toma una tanto cariño á todas estas personas que conoce de tan poco tiempo; y que al despedirse de cada cual parece que se le deja llevar un pedazo del alma? ¿Será la intimidad del trato, lo excepcional de las relaciones en estos sitios y en estas circunstancias?

—Sí, señora—contestaba D. Mamerto, sonriendo,—algo es eso; pero la causa principal de este sentimentalismo de final de verano consiste en la mucha fruta que se come y en la salsa de tomate. Estos alimentos debilitan... y los nervios se exaltan... y de ahí ese repentino amor al prójimo y tendencia á ver en todo lo que pasa y se va motivo de melancolía...

—¡El tomate! Estas tristezas que causan estas ausencias... ¿las produce el tomate?...

—Sí, señora; pero sobre todo, la fruta; la de hueso particularmente. Los melocotones crían bilis y la bilis engendra esas penas de tan frívolo motivo.

Por lo demás á Anchoriz no le costaba trabajo procurar la alegría de los otros, porque él estaba como unas castañuelas. A pesar de la fruta, no le importaba un bledo de los que se iban ni de los que se quedaban; con tal que no faltase gente, que fueran éstos ó los otros, le importaba un rábano. Por eso no comprendía cómo se afligían tanto algunos cuando se moría alguien ¿Por qué lloran las muertes y se festejan los nacimientos? Vean ustedes el periódico—exclamaba:—Parte de la alcaldía: día de hoy: cuatro defunciones, seis nacimientos. Vamos ganando dos. Y siempre es lo mismo.»

Así era que en los anuncios de marcha de los bañistas él veía nada más motivo de diversión. A pocas simpatías que hubiese ganado en el establecimiento el huésped que se despedía, Anchoriz organizaba, con ocasión del viaje, una jarana, una bromita de buen gusto; que consistía en confabularse muchos de los bañistas, hacerse los distraídos á la hora de las despedidas y dejar que se amoscara el que se marchaba, creyendo que se le olvidaba y no se le decía adiós. Y cuando iba á montar en el coche que debía llevarle á la estación, ¡zás! la *manifestación* salía al pórtico, en formación solemne, cantando la Marcha Real

y tocando los platillos con piedras del río. Y el amoscado huésped se marchaba contentísimo, satisfecho de su popularidad en el balneario, y seguro de que allí dejaba una porción de verdaderos amigos, no menos firmes por poco probados.

Y Anchoriz, que tan buen amigo de esta clase era, tan fiel á la amistad en el holgorio y tan decidido á no *acompañar á nadie en el sentimiento*, ¿qué pensaba de la amistad de los demás respecto de él? ¿Sería un escéptico? ¿Negaría toda esperanza de que los demás fueran con él más caritativos que él con los demás? No; no pensaba en eso. Desechaba por importunas estas comparaciones como la idea de la muerte. No quería meterse en honduras, averiguando adonde llegaba el egoísmo ajeno. Estas investigaciones no le convenían al suyo.

Si el hombre era malo, egoísta, lo mejor era no tener ocasión de llegar á conocerlo por experiencia. Por lo cual, sin decidir la cuestión en sentido pesimista, por si acaso, Anchoriz hacía con la amistad lo que D. Quijote con la segunda calada: no la ponía á prueba. Y su egoísmo agarrándose al interés, á toda ganancia posible, al amparo de la ley, que asegura lo que se ganó, con caridad ó sin ella, procuraba vivir sin necesitar de nadie, á fuerza de no hacer nada por quien pudiera necesitar del alegre y *servicial* D. Mamerto.

La alegría, algo afectada, por lo mismo que todos temían la tristeza de la soledad y del mal tiempo, que se iban acentuando, había llegado al colmo, gracias siempre al Sr. Anchoriz, cuando una mañana, por cierto de excepcional hermosura en el cielo, de sol esplendoroso y brisa templada, un camarero anunció en el comedor que D. Mamerto no bajaba á comer á la mesa redonda porque se sentía algo indispuerto.



Todos los comensales se volvieron hacia el portador de tal noticia.

—¿Está en la cama?—preguntaron muchos.

—Sí, en la cama; y ha mandado al doctor Casado que vaya á verle.

—¡Anchoriz en la cama! ¡Al mediodía!

Consternación general; y aún más que eso, asombro; así, como si el sol á las doce del día no hubiera dejado todavía las ociosas plumas de su clásico lecho ni los brazos de la deidad con quien el mito le supone *amontonado*.

(Concluírá.)

Clarín.

MINIATURA

¡Decís á un crítico de teatros que él no ejerce legítima influencia en la marcha del arte?... ¡Hará un discurso sobre el poder inmenso de la prensa!

Pero al día siguiente probará el mal estado de la escena, y no habrá quien le diga:

—Pues cállese usted ya, señor maleta, que si así influye en ella, á usted solito se debe atribuir la decadencia.

Sinesio Delgado.



ESPAÑA CÓMICA



CHISMES Y CUENTOS.

Se ha echado á volar, á ver si cuaja, la noticia de que, si hacen falta, el Gobierno está dispuesto á enviar á Cuba *doscientos mil* soldados.

Denlo ustedes por hecho.
Todas esas cosas que al principio parecen monstruosas ó inverosímiles, resultan á la postre de lo más natural del mundo. De modo que allá para Marzo caerán sobre la Gran Antilla todos los refuerzos, que van á luchar con una dificultad muy grande:
La de no haber de pie en la isla.

Entre tanto, el bueno de Máximo Gómez ha hecho saber, en carta dirigida á un su amigo, que piensa seguir con el sistema comenzado, y que, por lo visto, le da resultados excelentes. Es decir, no pararse en niñerías, y hacer la campaña á sangre y fuego, arrasando poblados, haciendo descarrilar trenes, talando ingenios y macheteando á quien se le ponga por delante.

Á primera vista esto parece una salvajada, pero ¡qué diablo! la guerra es salvaje de suyo y no se acaba nunca si no se le da lo que pide. La listima es que el ejército de la patria no emplea el mismo sistema, y se limita á rechazar agresiones con una *bondad* digna de la canonización. Así no se va á ninguna parte.

Una noticia capaz de asombrar á cualquiera:
«El titulado general Máximo Gómez prosigue, con fuerza de 2.000 hombres, acampado en Nasaja, á veinte millas al Sur de Puerto Príncipe.»
¡Caramba! Por aquí creíamos que no se había fusilado todavía á Gómez porque nunca podía saberse su paradero. Pero, por lo visto, el no atacarle obedece á otras razones.
¡Respetémoslas!

Suma y sigue:
Han empezado las desertiones de voluntarios con sus oficiales y todo. Además, de las capitales marchan tranquilamente á unirse á los insurrectos centenares de jóvenes de *buenas familias*, según los partes, amén de algunos empleados del Gobierno.
Esto ya es el colmo.
Porque no creo que noticias de esa clase deban venir solas. Deben traer la coetilla de que se han embargado los buecos de los traidores, se han quemado sus casas, se ha metido en la cárcel á sus familias y se ha fusilado en el acto á cuantos hayan protegido las desertiones.

Porque, como dice nuestro respetable enemigo el Sr. Gómez, la guerra tiene esas contras.
Y es muy cómodo salir al campo á pelear contra la patria, que se sangra lentamente, y dejar el propio hogar tranquilo, la familia reuniendo recursos para fomentar la insurrección... y volver, sin quiebras ni disgustos, á gozar de los beneficios de la paz, cuando ésta se firme.

Ya saben ustedes que allá, en las afueras de Madrid, hay un convento de Concepcionistas ocupado por una veintena de monjas.
También estarán ustedes enterados de que hace mes y medio se oyen debajo del edificio ruidos misteriosos, como de piqueta ó cosa parecida, que las autoridades han adquirido el convencimiento de que allí debajo *para algo*, que se han hecho algunas excavaciones sin resultado, y que á consecuencia del miedo ha muerto una persona, está gravemente enferma otra y para caer unas cuantas.

Bueno, pues como una de las obligaciones del Estado es velar por la seguridad de sus individuos, la autoridad, en vista de que sus pesquisas han sido infructuosas, ha resuelto... retirarse modestamente, dejando una pareja de guardias civiles por si acaso, hasta ver si se hunde el convento ó se mueren todas las monjas.
En cuyo caso ya no importa que siga el ruido... puesto que no ha de asustar á nadie.

Vuelta sobre lo mismo:
El corresponsal de nuestro distinguido colega *El Nuevo Mundo* ha sostenido una interesante conversacion con un capitán del ejército de Cuba. Y el capitán ha dicho lo siguiente:
«Hay que consolidar la victoria. Esto no se puede asimilar, no hay simpatía alguna para nosotros. Esto hay que tenerlo dominado por el rigor de las leyes de Indias, ó abandonarlo por completo...»
¡Choque usted, mi capitán!
Usted debía ser general en jefe desde ahora mismo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un poeta.—Ese soneto guasón lo he leído yo en alguna parte. ¿Será de Estrada?
Fray Collin.—Muy poquita cosa. Puede decirse que no es nada.
Un aldeano y un maleta.—Tienen ustedes razón al suponer que ambas cosas son igualmente malas. Parecen de uno solo... que no sepa lo que trae entre manos.

Tinieblas.—Demasiado atrevido el asunto y demasiado candorosa la ortografía.

Un desconocido.—¿Dice usted que la declaración va dirigida á una señorita á quien no puede hacérsela verbalmente? Pues mire usted, se me ocurre una idea; mándesela usted por el correo!

Uno de tantos.—No lo hace usted mal del todo. Ahí pudiera haber algo aprovechable si no fuera por... En fin, cuando envíe usted algo, firmelo desde luego.

El amateur de la Elisa.—Ya que la inspiración le ha soplado á usted, no quiero desairarla. Un día es un día, ¿qué demonio!

«¡Oh, pálida mor, ven con premura
y dame sepultura,
que no puedo sufrir tantos desvelos
y si no me la das ¡voto al averno!
rompo y escalo yo los cielos
y te sepulto á tí en los infiernos!»

Con lo cual nos haría usted un favor á los presentes. Porque en cuanto sepultura usted á la muerte... ¡figúrese usted! ¡ancha es Castilla!

Nasarin.—Por desgracia no estamos conformes en lo de la sultura ni en lo de la idea. Ese género se cultivaba mucho, y con gran éxito, hace diez ó doce años.

Sr. D. F. L. M.—Coruña.—No veo lo humorístico, ni el interés general... Son dos cosas de álbum.

Sr. D. R. M. G.—No puedo aprovechar nada

Sr. D. I. R.—Zaragoza.—¿Qué bonito sería eso... si tuviera gracia!

Del Cado.—Vulgarés las tres cosas.

Paco.—¿Qué pensarán las naciones extranjeras de un soneto que empieza así?

«Solo para amarte vivo en este mundo
pero tu soberbia y tu desprecio mata
á quien como yo, te quiere; ingrata
con ese amor; amor profundo...»

¡Que parece mentira que cueste tanto trabajo tropezar con un endecasílabo!

Sr. D. E. P.—El romance peca de largo, carece de sultura y... no dice nada de particular absolutamente. Lo siento, pero ¿qué se le va á hacer?

Uno que empieza mal.—No, señor, no. Empieza usted como casi todo el mundo, adoleciendo de vulgaridad manifiesta.

Sr. D. E. H.—Es completamente inocente, en el fondo y en la forma. Yo que usted no insistiría más.

Terroros.—¡Si viera usted qué pesadicos se van poniendo ya los cuentos baturost!

Aurelio.—La décima es flojita. Respecto á lo otro... ¡que más quisiera yo que poder hacerles escribir! ¡Lo he intentado tantas veces! Pero... ya no se dedican á este género.

M. B. de V. C.—Tres composiciones he recibido esta semana; las tres son de asunto interesante, pero tienen el mismo defecto: ¡el final que es lo que yo quisiera ver bien desarrollado. No tengo nada que perdonarle á usted... ¡Ah! La última es la mejor de todas. Va usted adelantando prodigiosamente.

Nemo 127.—No, ¡por Dios! no se meta usted con ellos; que hay muchos compañeros que han caído en esa ridícula y pudieran ofenderse. Déjelos usted, que en el pecado llevan la penitencia.

El sastrero del Campillo.—Si eso que critica sucediera en Madrid, podrían publicarse los versos. Pero como sucede en París y el periódico es español, no tiene interés, ni se ve la punta.

El Tacones.—¡Qué triste y qué inverosímil es todo eso!

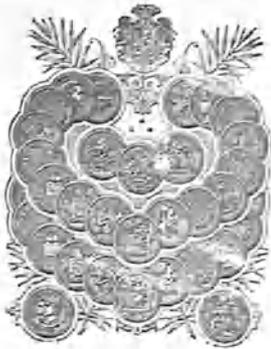
K K K-vel.—Sistema antiguo, mandado retirar de la circulación en toda la república.

El conjuncionero. ¡Hombre! pues también ha sido casualidad no constarle á usted nunca. Ya sé por qué ha sido. Porque versifica usted sin saliente de ninguna clase. Ni fu ni fa, como quien dice.

El caudillo de las manos rojas.—¡Qué hatiburrillo, santo Dios! Sólo usted, que sabe su propia intención, es capaz de entenderla.

Sr. D. A. C. S.—Carece de novedad la idea.

Pray Lucas.—No puedo utilizar ¡voto va á Dios! ninguna de las dos.



COGNACS

Puros de vino garantizados
Elaboraciones y Soleras desde 1887

GRAN DESTILERÍA A VAPOR SISTEMA CHARENTAIS

7 Grandes Medallas de Oro; 85 Medallas y Diplomas.

BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

Fírmese en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID—Imprenta de los Hijos de M. G. E. empuñada, Libertad, 16 dup.º